

del placer que le dominaba, felicitó á los tres con el siguiente soneto que improvisó al saltar á tierra, y que lo copio, no porque encierre mérito alguno literario, sino por las circunstancias en que fué dicho, y por ser mexicano el expresado religioso. Esto probará lo que dije al hablar del cura Hidalgo; que muchos de los que figuraban en el país, estaban tan bien hallados con los títulos, dignidades y consideraciones que les prodigaba el gobierno español, que aquel valiente anciano se vió en la precisa necesidad de acoger en sus filas á las clases mas humildes del pueblo para poder luchar por la independencia de su patria.

Hé aquí el soneto dicho á los jefes principales de la expedicion por el expresado religioso mexicano Bringas que, aunque defectuoso, he querido copiar tal cual lo escribió.

Baje Neptuno su cerviz altiva,
Recoja Eolo sus furiosas alas,
Empaque Marte sus pesadas balas
Cuando Barradas ó Laborde arriba:

Viva Barradas y Laborde viva
A quien las costas bravas forman calas,
Pues á los héroes uno y otro igualas
Muy á pesar de la fortuna esquiva:
Tiemble Tenochitlan si se resiste
Y arroje el hierro que en sus manos traiga,
Cuando Barradas por la costa embiste:
Pues si sobre la arena así se arraiga,
¿Qué ataque de Anáhuac no será triste
Cuando Bazán sobre sus huestes caiga?

Como acontece en momentos de entusiasmo y de placer, el soneto fué aplaudido por todos, tanto por el alto aprecio con que todos á porfía distinguían á su autor, hombre de preclaras virtudes, cuanto por la oportunidad.

Al siguiente dia 28, despues de haber recuperado con el sueño las fuerzas debilitadas por la fatiga de la víspera, se les leyó á los soldados á la hora de la lista, la proclama siguiente que la copio al pié de la letra.

“Soldados: Hemos emprendido la navegacion en la estacion mas rigurosa del año,

en la que se tienen por inaccesibles estas playas; el Dios de las batallas que vela por nosotros, nos ha traído á puerto de salvamento, y es el mejor preludio de que saldremos victoriosos en la grandiosa empresa que el rey nuestro señor ha confiado á nuestro valor, constancia y fidelidad. Soldados: demos primero gracias al Sér Supremo, y en seguida emprendamos la marcha por tierra á inmortalizarnos en los campos de las armas y en los pueblos y humildes cabañas, siendo el amparo del desvalido, y generosos é indulgentes con los vencidos. Os recomiendo de nuevo, la mas severa disciplina y el buen comportamiento con los naturales de estos países. Me conoceis, y sabeis que, así como recompensaré vuestras buenas acciones, castigaré los excesos. Viva el rey nuestro señor. Cuartel general de las playas de Santander, á 27 de Julio de 1829.—Comandante general de la division de vanguardia. Isidro Barradas.”

Los soldados que habian escuchado en silencio y con el mayor afan las palabras de su general, prorumpieron, al terminar la

proclama, en vivas á España y al rey, que fué repitiendo el eco por aquellas desiertas playas.

Aquella escena, tierna por el sitio y las circunstancias en que tenia lugar, y por la fé y entusiasmo que abrigaba el corazon de todos, la presenciaban seis mexicanos, que dijeron ser guarda-costas de Tampico, y que no eran sino gente devota del bolsillo ageno, que se habian acercado á caballo para hablar con los expedicionarios.

Don Andrés, que en cada mexicano creia ver un amigo que pudiera darle noticias respecto á la suerte que habia corrido su amada hija Pilar, se aproximó adonde estaban, y les preguntó.

—¿Ha vivido alguno de vdes. en la capital de México?

—Yo he morado en ella muchos años.

Contestó el que tenia peor catadura de ellos.

—¿Y hace mucho que salió vd. de allá?

—Poco despues del saqueo del Parian, del que vdes. tal vez ya tendrán noticias.

—¡Demasiadas!—dijo Don Andrés suspirando—como que lo presencié por desgracia.

—¿Usted?

Exclamó examinándole de arriba abajo el que había tomado la palabra.

—Allí me sequearon cuando tenía.

—Como que mas de cuatro se pusieron las botas, y muy particularmente un extranjero llamado Rossi, que se ha hecho poderoso.

—¿Cómo!...—dijo D. Andrés irradiando de alegría su semblante.—¿Conoce vd. á Rossi?

—Demasiado.

—¿Y sabe vd. dónde se halla?

—En Tampico.

—¿Tan cerca de aquí!... ¿Será posible?

—Como que hace cuatro dias que llegó con órdenes del gobierno, para levantar gente que dispute á vdes. el paso.

—Y persiga á los ladrones.

Agregó otro de los seis de faz morena y feroz gesto.

—Por eso es bueno robar en grande:—agregó el primero:—á esos se les deja vivir

como le sucede á él. Bien me decia D. Antonio Miron la noche del saqueo, en que le enseñé la casa en que vivia Rossi: Pedro, los extranjeros son la causa de todos nuestros males.

—¿Tambien conoce vd. á D. Antonio?

Preguntó D. Andrés cada vez mas interesado en la conversacion.

—¡Toma si le conozco! como que era el médico de la casa en que yo servia.

—Y dígame vd., ¿Rossi ha venido solo?

—Le acompaña una señorita muy guapa y jóven que, segun malas lenguas...

El corazon de D. Andrés latió con violencia y con temor. Desde que desapareció su hija, sus sospechas recayeron sobre su implacable enemigo.

—¿Será Pilar?...—pensó para sí, llevado de un fatal presentimiento; y luego, resuelto á saber la verdad, por amarga que ésta fuese, añadió:—¿Y podria vd. darme las señas de esa jóven?

—Y con toda exactitud. Su edad es:...

El toque del tambor que llamaba á formar, y la presencia de un oficial que se

acercó mandando que nadie se detuviera, cortó aquel diálogo que tanto interesaba á D. Andrés. Los seis hombres se alejaron un poco, y el padre de Pilar, combatido de mil temores y esperanzas, se formó con sus compañeros de armas.

Al estar reunidos, se repartió á los soldados esta proclama que, como la de Barradas, copio sin alterar en nada.

“Soldados y marineros: He visto con placer cumplidas mis esperanzas: sabia que mandaba á españoles valientes y arrojados, y contaba con estas virtudes cuando os hablé en la Habana: solo con ellas pueden vencerse los obstáculos que opuso la naturaleza para operar un desembarco en estas costas. El Dios de los ejércitos protegió vuestros esfuerzos: el pabellon español ha vuelto á tremolar en las riberas de México, y la valerosa vanguardia del ejército Real, en torno suyo unió sus aclamaciones á las vuestras, y mil y mil vivas que partieron de vuestros corazones, saludó aquella noble insignia, con que vuestros abuelos inmorta-

lizaron su memoria. El mundo entero observa y admira vuestro denuedo: esta empresa era digna de vosotros. Regocijaos, marineros y soldados: el rey nuestro señor, el padre de sus pueblos, el amado Fernando VII, oirá con complacencia vuestros hechos: yo os lo aseguro, y os doy las gracias en su real nombre. Démoslas nosotros al Sér Supremo, y en la efusion de nuestros sentimientos de amor al mejor de los monarcas, hagamos resonar en todo el orbe los votos que nos arranca el mas sincero de todos los afectos. ¡Viva el rey, viva el rey y siempre viva el rey! Navío *Soberano*, al ancla frente á Punta de Jerez, en la costa de Nueva España, á 28 de Julio de 1829.—*Angel Laborda.*”

La tropa volvió á poblar los aires con nuevos vivas á España y Fernando VII.

A estas dos proclamas, que distaban mucho de entrañar el patriótico entusiasmo que herbia en el corazón del soldado, siguió la del R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, autor del soneto; esta proclama que envió

á los pueblos comareanos, con la ilusoria creencia de atraerlos á la España, estaba concebida en estos términos.

“El R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, misionero apostólico del colegio de Sta. Cruz de Querétaro, predicador honorario de S. M., á nuestros hermanos y fieles de los pueblos de Nueva-España, Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Las desgracias y nuestros pecados, hermanos míos, os han sepultado en el abismo de males que estais experimentando, desde que como ovejas descarriadas, abandonando la verdadera guía de vuestro real pastor, os introdujeron en la tortuosa senda que seguís hace ocho años, desoyendo la voz de vuestro monarca. Compatriota vuestro, hijo de nuestro seráfico padre San Francisco, y profesor de su pobreza, sin aspirar jamas á los caducos tesoros de la tierra, no os puedo ser sospechoso; y me complazco de que los votos que continuamente he dirigido á Dios Nuestro Señor por vuestra felicidad y la salvacion de vuestras almas, han sido oídos.

No perdais tiempo: presentaos con confianza al jefe de la vanguardia, el Sr. comandante general D. Isidro Barradas que, autorizado por vuestro augusto soberano y antiguo monarca, viene con el ramo de oliva á ofreceros la paz y restituiros la antigua ventura que habeis perdido. Antes érais felices, y disfrutábais todos los bienes terrenales, con la firme esperanza de que en la otra vida gozaríais de la gloria en premio de vuestra virtud; mas desde que el espíritu de impiedad vino á introducirse en vuestro suelo, no habeis tenido un instante de reposo: guerras, pestes, robos, homicidios y cuantas plagas han tomado asiento en esta moderna Egipto, han sido el castigo que, el Redentor del linage humano os ha enviado. Dios es grande, misericordioso, y está entre nosotros: su piedad ha sido los votos que, sin cesar, le he dirigido por vosotros. Confíad en mí, y restituíais al seno de la paz, bajo el amparo del mejor de los monarcas, el Sr. D. Fernando VII, y él os recibirá como la tierna madre recibe en su regazo á su querido hijo. Cuartel general en las playas

de Jerez, á 28 de Julio de 1829.—Fr. Diego Miguel Bringas.”

—Cree vd. querido tio—dijo el cadete Ramirez á D. Andrés en voz baja—que esta proclama dará los bellos resultados que su autor se ha imaginado?

—Muy lejos estoy de pensarlo siquiera. Esa creencia en que algunos están de que los mexicanos desean volver á formar una colonia de España, no es mas que un sueño. ¿Puede renunciar nacion ninguna en el orbe á los goces de independencia y libertad, á ese sentimiento innato en el corazon del hombre que le pone en el goce de todos sus derechos, que le enaltece? No: si cierto es que los mexicanos lamentan los males que les afligen, tambien lo es que buscan el remedio, no en la dependencia de ninguna nacion extraña, sino en sí mismos, por medio de sus propios esfuerzos, de sus solos recursos.

—¿Pues esa decantada adhesion hácia la España de que tanto mérito se hacia durante los aprestos militares?

—Esa adhesion está entre una docena de personas, pero no en el cuerpo de la nacion: los mexicanos aman á los españoles, pero los aman para amigos, no para señores, y los sucesos vendrán á demostrarlo.

Mucho mas se disponia á decir D. Andrés; pero habiendo dado los jefes órdenes de que se dispusieran para emprender la marcha al siguiente dia, Ramirez se fué á reunir con los demas cadetes, mientras D. Andrés se mezclaba entre los muchos voluntarios que, por afan de gloria y de aventuras habian tomado parte en la expedicion.